

Título: Democracia y planificación en el pensamiento de Gino Germani: el caso de la extensión universitaria.

Autor: Pablo Roffe

pbloroffe@gmail.com

Estudiante del Doctorado de la Universidad Nacional de Quilmes, mención Ciencias Sociales y Humanas.

Beca de Postgrado del CONICET

Tema de la tesis en preparación: los aspectos políticos, institucionales e intelectuales de la constitución de la ciudad como objeto de estudio de la denominada “sociología científica” en la Argentina.

Director de la tesis: Adrián Gorelik; co-director: Alejandro Blanco

Centro de Historia Intelectual

Introducción

En 1956, la Universidad de Buenos Aires (UBA) creaba el Departamento de Extensión Universitaria (DEU). Un balance del primer año de actuación del flamante organismo se iniciaba con la explicitación del diagnóstico que había conducido a su instauración. El mismo denunciaba dos vicios en el ámbito de la enseñanza superior. Ante todo, el acceso a él se hallaba *de hecho* restringido a los sectores privilegiados del país. La parcialidad de su composición social limitaba, a la vez, su labor investigativa a la búsqueda de soluciones a los problemas propios de tales estratos (DEU, 1957: 3). Ambos defectos atentaban, por cierto, contra la naturaleza pública del mencionado ámbito, que compelia a destinar sus esfuerzos al beneficio del conjunto de los habitantes de la nación sobre la base de que era mantenido, precisamente, por todos ellos.

Frente a un panorama semejante, tomaba carácter urgente la materialización del lema corriente que abogaba por “la Universidad para el pueblo” (DEU, 1957: 3). La conformación del DEU constituyó, pues, la respuesta institucional a esta acuciante necesidad. En efecto, su objetivo principal consistió en integrar la casa de altos estudios a su contorno social. La articulación así proyectada implicaba, por un lado, la promoción del acceso a sus facultades de los sectores sociales hasta entonces desplazados; por el otro, la reorientación de la investigación universitaria hacia los problemas reales del país. El último de los aspectos requería de un cambio de actitud profesional y humana por parte de estudiantes, profesores y egresados.

En vistas a efectuar la segunda operación, el DEU organizó el Centro de Desarrollo Integral en Isla Maciel, un barrio popular ubicado en el partido de Avellaneda, que incluía una zona de “villa miseria”. Se trataba de una planta piloto destinada a favorecer el “progreso social” de la comunidad mediante la aplicación de un sistema de enseñanza y aprendizaje que recibía el nombre de “educación fundamental” (DEU, 1957: 8).

Dicho método reposaba sobre dos pilares: el asesoramiento técnico de la población acerca de la solución a sus inconvenientes básicos de salud, vivienda, economía, instrucción y recreación, entre otros; y la iniciativa espontánea y el trabajo directo de aquélla en el mejoramiento de sus condiciones. Mientras que la formulación del primero apuntaba a extraer el conocimiento científico de los estériles espacios académicos, la postulación del segundo aspiraba a evitar el fomento del paternalismo y las correlativas actitudes pasivas y receptoras del pueblo.

En ese sentido, la educación fundamental involucraba la participación de los vecinos no sólo en la elucidación de las dificultades a encarar sino también en la delineación de los modos de combatirlas. De tal suerte, adosaba al desarrollo material

una meta cultural consistente en la formación de miembros capaces de concertar y ejecutar una acción en común destinada a transformar las propias circunstancias.

Con el fin de proporcionar a los vecinos de Isla Maciel información precisa que sirviera de sustento a la planificación de la tarea a encarar, el DEU encargó al Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, dirigido por Gino Germani, un estudio concerniente a las características del barrio. Como afirmaba el investigador italiano en unas jornadas de extensión universitaria consumadas en abril de 1958, la propuesta posibilitaba que el espacio presidido por él continuara con el abordaje de los temas insertos en su agenda científica:

“La encuesta que estamos realizando tiene varios fines: teóricos, experimentales, y prácticos. Los fines teóricos y experimentales son para contribuir al conocimiento de los efectos de la industrialización en la América Latina, tal como se ha realizado en otros continentes. En Latinoamérica faltan datos básicos acerca de los efectos producidos por la industrialización y, en consecuencia, se trata de organizar sistemáticamente una encuesta para llegar a conocer estos efectos. Desde el punto de vista práctico, como la investigación se realiza en Isla Maciel, donde Extensión Universitaria tiene un Centro de Desarrollo de la Comunidad los resultados obtenidos serán de mucha utilidad para los proyectos realizados por esta institución. Además, el mismo hecho de que una investigación se realice en una comunidad –si está llevada a cabo sistemáticamente y con la participación de la misma-, contribuye a despertar una conciencia sobre sus propios problemas e implica ya un trabajo efectivo de ese Centro de Desarrollo” (Germani, 1958: 75-76).

No obstante, al lado de este interés teórico, había también un motivo político. Germani valoraba la experiencia desplegada por el DEU en el área mencionada debido a que promovía una forma de planificación popular que, según él, redundaba en un

fortalecimiento de la democracia. El presente trabajo pretende reconstruir, precisamente, la línea argumentativa que le permitía conectar la actividad del Centro con un sistema de gobierno que, a sus ojos, se encontraba herido tras una década de lo que percibía como “régimen totalitario”.

Los desajustes en el origen del orden social moderno

De acuerdo con Germani, la “sociedad occidental” atravesaba una profunda crisis procedente “del crecimiento desproporcionado de las diversas partes” que la componían (1945:66). Así planteada, la problemática epocal aparecía como el producto de la transición por la que aquella abandonaba sus características tradicionales y adquiría las notas propias de un tipo social moderno. En clave durkheimiana, el sociólogo italiano afirmaba que dicho pasaje se manifestaba, ante todo, en un pronunciado incremento de la división del trabajo. Un proceso semejante traía consigo la progresiva especialización de las funciones, que dificultaba cada vez más el mantenimiento de un lazo social basado en la semejanza de los individuos y abría camino a la consolidación de uno nuevo, fundado en la complementariedad de los mismos. El vínculo emergente, que recibía el nombre de “solidaridad orgánica”, hallaba en el contrato su forma principal.

Por cierto, el establecimiento de una relación de tal índole suponía la cristalización de un esquema social que recortara un sujeto dotado de la capacidad de prestar su consentimiento en diferentes asuntos, a partir de la realización de una evaluación racional atenta a sus intereses personales. La explicitación de este “elemento no contractual del contrato” (Germani, 1945:55) como condición de posibilidad de la solidaridad orgánica revelaba que la transición hacia la sociedad moderna no se agotaba en el desarrollo de la división del trabajo sino que involucraba, además, cambios en los

contenidos de la conciencia colectiva, que dejaba de imponer “la estrecha subordinación del individuo al grupo” y pasaba a reivindicar “el culto de la personalidad como ente autónomo que se determina[ba] libremente” (Germani, 1945:59).

A pesar de que el sociólogo italiano agrupaba las dimensiones material e ideológica en el nivel estructural del pasaje de uno a otro tipo social, las distinguía por la velocidad en que acontecían. Con frecuencia, la proliferación de las funciones era más rápida que las transformaciones normativas, lo que se traducía en una situación caracterizada por la falta de esquemas adecuados a las nuevas necesidades en varias esferas de la sociedad. Germani denominaba esta ausencia con la categoría durkheimiana de “anomia” (1945: 55).

Así pues, la mencionada crisis de “crecimiento desproporcionado” refería al defasaje entre los dos órdenes componentes del costado estructural del tránsito, cuyo efecto más importante consistía en la débil gravitación del “espíritu moderno” dentro de la naciente organización social (Germani, 1945: 60).

Pero el diagnóstico epocal germaniano no se detenía aquí. La transición y la crisis surgida en su seno presentaban un aspecto “subjetivo” que provenía de una nota crucial a la vida de todo grupo humano, a saber: la influencia de sus esquemas sobre sus miembros. Ciertamente, la cohesión de una sociedad dependía no sólo de la existencia de un equilibrio entre sus características materiales y los contenidos de la conciencia colectiva sino también de que estos últimos se encarnaran en cada una de las personas que la conformaban. La plena concurrencia de ambos factores aseguraba la máxima integración social. No obstante, el sociólogo italiano reservaba tan preciado atributo a una organización “absolutamente estática y totalmente diferenciada” en la que las actitudes de los sujetos, definidas como la contrapartida individual de los valores,

expresaran “con suma fidelidad el sistema de representaciones colectivas” imperante (Germani, 1945: 63).

En los grupos históricos, en cambio, siempre cabía observar una divergencia entre las conductas y los patrones sociales, por más pequeña que fuera. Este hiato llevaba a Germani a reivindicar el concepto de “adaptación dinámica”, empleado por Erich Fromm en *El miedo a la libertad*, por cuanto permitía señalar el modo en que los hechos de estructura, en general, y la dimensión normativa, en particular, contribuían a delinear la conciencia de los hombres, sin perder de vista la capacidad de los últimos de modificar los primeros. En ese sentido, posibilitaba la superación de “dos errores antitéticos”: el sociologismo, que reducía a los individuos a la condición de meros resultados y explicaba la dinámica social “en función de fuerzas impersonales”; y el psicologismo, que colocaba a aquéllos en el centro de la escena y olvidaba sus conexiones con las instituciones socio-culturales (Germani, 2002: 15).

Con el esclarecimiento de la naturaleza psicosocial del proceso de formación de los hábitos, el sociólogo italiano despejaba la senda para la ejecución de un análisis del mismo en el marco del paso de la sociedad tradicional a la moderna. Como era de esperar, el punto de partida adoptado por él radicaba en aseverar que las transformaciones acaecidas en el orden normativo requerían de la generación y expansión de actitudes acordes con aquéllas. En sintonía con los desarrollos teóricos pertenecientes a algunos de los autores identificados con la llamada “Escuela de Chicago”, Germani divisaba en la “comunicación”, entendida en términos de “contacto con grupos culturalmente diversos” (1945: 63-64), un poderoso mecanismo de difusión de tales actitudes. A sus ojos, dicho mecanismo operaba a través de dos vías: los movimientos poblacionales en los espacios social y geográfico; y los medios tecnológicos, como la prensa, la radio y el cine. En períodos de transición, la injerencia

de las mencionadas vías ocurría, por lo general, con una velocidad menor de la que alcanzaban los cambios estructurales, lo que redundaba en la presencia de vastos sectores sociales carentes del “equipo mental” (Germani, 1945: 68) necesario para un adecuado desenvolvimiento en las nuevas circunstancias. Esta disolución de la correspondencia entre hábitos individuales y reglas de conducta desencadenaba lo que Thomas y Znaniecki denominaban “desintegración social”. Síntomas de semejante estado eran las altas tasas de criminalidad y suicidio, y las rupturas de los nexos familiares (Germani, 1945: 65).

La consideración del aspecto “subjetivo” del pasaje hacia el tipo social moderno alumbraba una faceta de la crisis atinente ya no a la solidificación de una conciencia colectiva concordante con un altísimo grado de especialización de las funciones sino a la interiorización de sus contenidos en las mentes del conjunto de los hombres. El paisaje proyectado por la aludida problemática epocal incluía, entonces, a quienes perseveraban en la aceptación de las normas tradicionales, a pesar de que encontraban pocas oportunidades de aplicarlas, y a quienes las habían abandonado, pero no estaban preparados para elegir lo que tiempo atrás cumplían sin reflexionar (Germani, 1956: 202). En un contexto de creciente individuación, configurado a partir de dos elementos centrales como la multiplicación del número de grupos sociales a causa del despliegue de la división del trabajo y el hecho de que el acceso a ellos, en lugar de hallarse fijado de antemano, dependía cada vez más de una decisión autónoma; la falta de medios para llevar a cabo esta opción y, así, forjar una personalidad autosuficiente introducía una tensión en los sujetos que, con frecuencia, los empujaba a estandarizar sus propias vidas a través de la adhesión automática a los patrones impuestos por los métodos de comunicación (Germani, 1945: 71-72).

El examen efectuado hasta aquí habilitaba al sociólogo italiano a desligar la crisis del flamante “espíritu moderno” y, por tanto, a echar por tierra la propuesta de “un imposible retorno a formas pretéritas” (Germani, 1945: 60). En la medida en que ella se originaba en el desajuste entre las dimensiones material, normativa y psicosocial de una vertiginosa transición, el camino de salida debía apuntar a una armonización de las mismas, lo que no se lograba más que con una extensión ulterior del mencionado espíritu (Germani, 1945: 60). En este punto, por cierto, lo conveniente se unía con lo deseable:

“La crisis que vivimos es parte del desarrollo de un proceso más amplio por el cual se va afirmando la personalidad humana y extendiendo su libertad, un proceso que significa elevar el poder de su razón frente a la aceptación irreflexiva de los dictados de la tradición y del pasado. Al comienzo, esta libertad sólo fue el patrimonio de élites. El hecho nuevo, a que asistimos ahora, es que ella se extiende a la gran mayoría, al hombre común, y esto representa un progreso magnífico” (Germani, 1956: 202).

La crisis en el ámbito político

La industrialización constituyó un aliciente eficaz de la división del trabajo. Sin dudas, un proceso semejante produjo profundas modificaciones en la estructura social de las naciones insertas en el sendero hacia la adquisición de las notas propias de un orden social moderno. Ante todo, desató un inusitado crecimiento demográfico. A su vez, alteró la composición de los grupos que la conformaban. Ciertamente, mientras las clases populares asistieron a la transformación de buena parte de sus miembros en obreros, los sectores medios vieron nacer ocupaciones vinculadas tanto con el Estado como con la rama de actividad terciaria.

Tales cambios tuvieron repercusiones en el ámbito político. La irrupción de las masas tornaba inevitable, en adelante, contar con ellas a la hora de gobernar. Se imponía, pues, el siguiente interrogante: cómo integrarlas en la vida institucional sin caer nuevamente en el abismo del totalitarismo. La respuesta se desprendía con facilidad de la concepción germaniana de la transición y la crisis. En efecto, la clave residía en la extensión de las actitudes necesarias para llevar a cabo el acto democrático por excelencia, a saber: el voto. Por lo demás, dichas actitudes no consistían sino en aquellas que propiciaban la realización de decisiones racionales, es decir, acordes con los intereses personales.

La expansión de hábitos adecuados se topaba, sin embargo, con un escollo suscitado por la especialización de las funciones en el interior de la esfera política, que destinaba la ejecución de las actividades contenidas en ésta a una minoría “casi profesional” (Germani, 1956: 204). Se generaba, así, una escisión entre masa y dirigentes que hacía aparecer la participación reservada a aquélla como insignificante. En consecuencia, de lo que se trataba no era sólo de diseminar las referidas actitudes sino de que el hombre común percibiera la crucial relevancia encerrada en tan acotado margen de intervención.

Desde la perspectiva del sociólogo, la convicción de la importancia fundamental de la emisión esporádica de un voto basado en un acopio reflexivo de la información se adosaba con fuerza a las conciencias individuales siempre que se arraigara en una experiencia concreta del ejercicio de los derechos ciudadanos. Vedado el acceso al ámbito de la alta política para la mayoría de las personas, la mencionada vivencia debía tener lugar allí donde transcurriera la vida de ella.

Según Germani, la *comunidad local* se perfilaba como un terreno que reunía tal condición. Más aún, sus estrechos límites favorecían el cometido de que sus habitantes

tomaran a su cargo la definición de los problemas que la acechaban y la elaboración de soluciones a los mismos. A sus ojos, una práctica de esta naturaleza, además de fomentar la realización de elecciones racionales, garantizaba la difusión entre los pobladores de los sentimientos de la libertad y la responsabilidad, por cuanto depositaba en sus manos la determinación del propio destino y el de los vecinos. Dichos sentimientos traían consigo una vivencia de la centralidad del individuo en el grupo, que resultaba imprescindible para efectuar con seriedad el voto a escala nacional. En ese sentido, la comunidad local asumía los contornos de una genuina escuela de la democracia:

“La experiencia de la democracia, repetimos, debe empezar desde las actividades que tocan de manera inmediata y directa la vida del hombre común. Sólo así éste podrá sentir como vivencia (y no meramente como una bella frase escuchada en discursos) el significado de su participación en la política, y la importancia que para su vida posee tal participación aunque en apariencia se trate tan sólo de aislados contactos con una realidad abstracta y lejana” (Germani, 1956: 207).

De suerte que el sociólogo italiano recomendaba encarar las dificultades introducidas por la transición en el orden político a través de la reconstrucción de semejante ámbito comunitario. Con fines ilustrativos, aludía en una nota al pie a algunos avances hechos en tamaña materia:

“La experiencia de la participación popular en la planificación del valle del Tennessee es uno de los ejemplos clásicos de lo que puede realizarse en este campo, incluso dentro de los requerimientos de la coordinación y organización impuesta por la técnica y la economía de nuestro tiempo. (...) Otro ejemplo de gran interés (aunque por supuesto

nada más que un ejemplo) son los planes de la Unesco sobre educación fundamental. Señalemos aquí la importante experiencia que los estudiantes primero, y ahora el Departamento de Extensión Universitaria de Buenos Aires están realizando en sus centros pilotos de educación fundamental” (Germani, 1956: 205).

La mención del DEU indicaba a las claras el significado político que Germani atribuía a su labor en Isla Maciel.

Conclusión

A la hora de brindar un diagnóstico de la época, el sociólogo italiano no titubeaba: corrían los tiempos de una crisis que cruzaba todas las esferas del mundo occidental. Producto de un crecimiento asincrónico de los órdenes material, normativo y subjetivo de la sociedad, la misma había cobrado notoriedad en el ámbito político, por cuanto había dado lugar a un fenómeno de considerable gravedad: regímenes de índole totalitaria en Italia, Alemania e, incluso, la Argentina. Si bien Germani admitía diferencias entre ellos, sostenía que hundían sus raíces en un suelo común: la ausencia de un ajuste psicosocial ante drásticas transformaciones del nivel estructural.

La detección del origen posibilitaba, sin embargo, la localización de la salida: esta carencia peligrosa podía remediarse con la difusión de actitudes racionales que permitieran a los individuos comprender su lugar en las nacientes circunstancias y actuar en consecuencia.

Desde el punto de vista del sociólogo italiano, un modo adecuado de operar tan indispensable expansión de hábitos era la educación fundamental. En efecto, uno de sus cimientos consistía en favorecer la intervención de los hombres en la resolución de sus problemas, lo que involucraba la realización de una evaluación fría de la situación y la toma colectiva de decisiones. La ejecución constante de ambas prácticas acostumbraba a

los participantes a regir su conducta con arreglo a los valores correspondientes al tipo social moderno. A su vez, los llevaba a experimentar dos sentimientos íntimamente asociados a tales normas: el de la libertad, que surgía del sometimiento de las condiciones de vida a sus propias elecciones; y el de la responsabilidad, que emanaba del hecho de que los efectos de dichas elecciones recaían sobre el conjunto de los habitantes de la comunidad. Estos dos sentimientos confluían en la cristalización de la vivencia de la importancia individual en la consecución del bien común, crucial para mantener la aceptación de un sistema de gobierno que demandaba del ciudadano apenas un voto conciente y, por el contrario, otorgaba a los dirigentes reiteradas oportunidades de ejercer con plenitud los derechos políticos.

De ahí que Germani contemplara la promoción de la planificación popular, consumada por el DEU a través de la implementación de la educación fundamental en un área característica de la clase obrera, como una manera de propiciar la integración del aludido sector en la configuración institucional del país. Se ponía en juego nada menos que su desperonización, lo que constituía un motivo que se sumaba a las inquietudes puramente teóricas del autor italiano para empujarlo a emprender el requerido abordaje sociológico en Isla Maciel.

Bibliografía

Departamento de Extensión Universitaria (1957). *1956-1957. Un año de Extensión Universitaria*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Germani, Gino (1945). Anomia y desintegración social. En Blanco, Alejandro (2006), *Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología* (pp. 55-72). Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

Germani, Gino (1956). La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo. En Blanco, Alejandro (2006), *Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología* (pp. 201-221). Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

Germani, Gino (1958). La investigación sociológica y la extensión universitaria. En Departamento de Extensión Universitaria (1958), *Jornadas de Extensión Universitaria: desarrollo de la comunidad* (pp. 75-85). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.

Germani, Gino (2002). Prefacio a la edición castellana. En Fromm, Erich (2002), *El miedo a la libertad* (pp. 9-20). Buenos Aires: Paidós.